

La anciana tía, aniquilada por tantas emociones, rodó por el suelo perdido el conocimiento.

Media hora después, Luz, auxiliada por la criada, se hallaba en su lecho atacada de una violentísima fiebre.

Clementina, después de haberse despedido precipitadamente de su padre, á quien dejó sin saber lo que le pasaba, se puso en camino para París.

III

El matrimonio de Clementina con Maudhuy tuvo lugar, en efecto, según acababa de decir Luz, bajo el peso de una dura necesidad.

En aquella época, 1876, los negocios de Baumet, gracias á su sorprendente incuria, se hallaban en el estado más deplorable. Su comercio de granos y harinas no le había producido más que deudas; las reclamaciones surgían de todas partes; las citaciones llovían; era inminente un desastre.

El 27 de agosto, el Escribano del Tribunal de Comercio, señor Florimond, se presentó, acompañado de su Escribiente y del Agente de apremios llamado Gaudriat, en aquella misma

casa del pueblecillo de Beuvron, que tan bruscamente había abandonado Clementina, según dejamos dicho al final del anterior capítulo.

Al sonido de la campanilla, movida por el Escribano, el inquieto rostro de la vieja señora apareció en una de las ventanas del piso bajo.

—Buenos días, señorita Luz— dijo Florimond saludándola.

—¡Ah! sois vos, señor Florimond... ¿Qué ocurre de nuevo?... Pero, entrad...

La puerta se abrió y entraron los tres individuos.

Luz, hermana mayor de Baumet, podía tener de cuarenta y cinco á cincuenta años. Era una pobre jorobada, cuya estatura no excedía á la de un niño de diez años; sus facciones no eran desagradables, y sus pequeños ojos grises brillaban con animación é inteligencia. Dos tupidos bandos de cabellos aún negros, su algo encorvada nariz, labios delgados, algo fruncidos en las comisuras, barbilla prominente y una doble arruga vertical entre las dos cejas, daban á su fisonomía una expresión de malicia, de energía y de tenacidad.

Esta eriatura, á quien su deformidad privaba de todo pensamiento de porvenir personal, había consagrado toda su afección en su herma-

no. Baumet era gallardo, de buena presencia y robusto; su hermana estaba orgullosa de él, como si en cierto modo la figura de su hermano rehabilitase la suya.

Cuando se casó, Luz sintió en su corazón el dardo de los celos. Nunca pudo sufrir á su cuñada; pero en cambio adoraba á su sobrina, á su Nini, como así la llamaba, colmándola de caricias y de mimos. La muerte de la señora de Baumet la causó una secreta alegría; volvía á ser la dueña de la casa; y en efecto, con dificultad hubiera encontrado Baumet una ama de gobierno más leal y más infatigable.

Pasaron algunos años. Nini era ya la señorita Clementina Baumet, hermosa joven de dieciocho años. Su tía, que la amaba con toda la ceguedad del amor maternal insaciable, se había decidido, aunque con mucho trabajo, á separarse de ella para colocarla en uno de los mejores colegios de París; todos los años, en la época de las vacaciones, admiraba sus progresos; y, cuando terminados sus estudios volvió á la casa para no salir de ella, Luz no cesaba de extasiarse con sus perfecciones.

Pero esta alegría se veía alterada por el mal estado de los negocios y del crédito de Baumet. ¿Qué iba á ser de ellos? ¿Les quedaría siquiera un pedazo de pan? Luz se consumía de

inquietud y de angustia, y sin embargo, disimulaba su tormento, á fin de no turbar la alegre tranquilidad de su sobrina.

A pesar de todo, creyó que aquella visita de Florimond sería como tantas otras que había hecho; no temía nada grave.

Florimond la presentó una hoja de papel sellado.

—¡Otra intimación más!—dijo Luz tristemente.

—En efecto... ¿No entráis, señores?—dijo al Escribano volviéndose á Gaudriat y al Escribiente que habían quedado en la puerta.

La Jorobada se estremeció.

—¡Cómo! ¿Vienen con vos estos señores?—dijo.

—Sin duda.

—Entonces, quiere decir que venis á...

—A proceder al embargo; sí, señora.

Luz se quedó aterrada y ocultó el rostro entre sus manos.

Florimond prodigaba ya esas venales condonencias, con las que allanaba siempre los preliminares escabrosos de esta especie de operaciones; pero Luz alzó la cabeza y le interrumpió diciéndole:

—¡Señor Florimond, no haréis tal cosa!

—¡Señorita!...

—No lo haréis, os lo repito... Baumet es vuestro amigo...

—¿Y eso qué importa?

—¿Cómo que no importa?... ¡Vamos, ya adivino! Baumet es muy abandonado, y queréis asustarlo...

—Sólo quiero que pague.

—¿Cuánto os debe?

—Mil quinientos francos, intereses y costas.

—Pero ¿quién nos persigue con tanto encarnizamiento?

—El señor Maudhuy, de París.

—No le conozco; Baumet no tiene negocios con él.

—Es muy posible; pero es poseedor de un pagaré al portador, firmado por vuestro hermano, y en virtud del cual...

—¡Es que los embargos no se hacen de ese modo!—exclamó la desolada vieja, que no sabía en qué pretexto apoyarse;—se necesitan avisos, intimaciones, órdenes... ¿qué sé yo?

—Todo eso está ya hecho.

—No recuerdo...

—Yo sí, y el expediente está en regla.. ¡Vamos! basta de discusiones...

Luz, entonces, se irguió todo cuanto su deformidad le permitía y tomó una actitud resuelta.

—¡Pues bien, no!—dijo;—¡no embargaréis!... Yo sabré impedirlo.

Y hablando así, oprimía enérgicamente en sus manos el llavero lleno de llaves que jamás abandonaba. El ejecutor vió aquel gesto y sonrió desdeñosamente.

—León—dijo al Escribiente,—vete á buscar al Juez de Paz y á un cerrajero para que abra los muebles.

Aquella perspectiva heló súbitamente la sangre en las venas de la Jorobada. Toda su energía cedió de repente y fue á sentarse sollozando en una silla del comedor. Florimond la siguió con sus dos compañeros.

De pronto se oyeron los alegres sonidos de un piano; primero dos ó tres rápidas escalas, luego un corto preludio, y en fin una graciosa contradanza.

Los tres hombres se miraron sorprendidos.

Luz, desde las primeras notas, se estremeció como bajo una conmoción eléctrica.

Se lanzó hacia el Escribano, cubierto el rostro de lágrimas, suplicante.

—Mi querido señor Florimond, ¡es ella! ¡mi sobrina, mi pobre Nini... ya la conocéis! ¡Cuántas veces la habéis hecho bailar en vuestras rodillas! ¡Ahora está bellísima y es feliz, á Dios gracias! ¡porque no sabe nada de estas

abominaciones! ¡se las he ocultado como he podido!... ¿Y sois vos quien iréis á decirle... así, de pronto... que está reducida á la miseria? Eso sería matarla... ¡No! Vos tenéis buen corazón y no lo haréis!

Y continuó hablando.

El piano continuaba también con creciente animación. Tenía mucho de lúgubre aquella loca música que acompañaba irónicamente los suspiros y súplicas de la pobre solterona.

Maese Florimond, bastante buen hombre en el fondo, se rascaba la oreja con aire indeciso, cuando el piano cesó bruscamente; luego, casi al mismo tiempo, se abrió una puerta interior, se dejó oír un paso ligero, y apareció una joven á la entrada del comedor.

Era Clementina. Corría aturdidamente, creyendo hallar sola á su tía; al ver á los tres personajes, se detuvo lanzando un ahogado grito de sorpresa y ruborizándose.

Estaba encantadora en aquella actitud indecisa, con sus bellos ojos asustados y su boca entreabierta por su interrumpida risa.

Luz se había limpiado los ojos y sonriente corrió á su encuentro y la abrazaba, mientras maese Florimond y sus acólitos tomaban una actitud de inocencia y benignidad.

La joven, confusa, se desprendió de los bra-

zos de su tía é imaginó un pretexto para explicar su brusca aparición; luego, después de algunas palabras de excusa, se retiró á su cuarto.

—¡Cierra bien la puerta!—le dijo Luz;—que puede haber una corriente de aire si tienes abierta la ventana.

—¡Perfectamente!—dijo el Escribano;—vuestra sobrina nada sospecha. Vamos; procedamos al embargo.

—¡Cómo! ¿Aún pensáis en ello?

—¡Ya lo creo que pienso!... Os advierto—añadió severamente,—que es inútil toda resistencia.

Luz se resignó.

Florimond, auxiliado de su Escribiente y de Gaudriat, consignó en la diligencia de apremio todos los efectos que había en el comedor. Lo mismo hizo en la cocina y otras habitaciones.

Luz los seguía como se sigue un convoy fúnebre; muda, impasible, estóica. Dejó sacudir las ropas sin la menor protesta, por miedo de que su sobrina, cuya habitación estaba inmediata, percibiese nada de lo que pasaba. Además ocultaba, ó procuraba ocultar como mejor podía la entrada de aquella habitación; pero el Escribano no pareció notarlo.

La cueva, los graneros, los depósitos, todo

fue visitado. Cuando, al cabo de una hora, salieron al patio, Luz se creyó libre de ellos.

—¡Calle! ¿Qué es esto?—dijo Florimond extendiendo su mano al pestillo de una puerta practicada en el muro á la izquierda.

—Es el jardín.

—Pasemos á verlo.

Y abriendo la puerta entró en el jardincillo.

Era un gran cuadrado de terreno comprendido en el ángulo formado por el patio y la casa-habitación, y limitado en los otros dos lados por un viejo muro destartado, cuyas brechas estaban tapiadas con zarzales y espinos; por encima del muro se descubrían los grandes árboles de un parque vecino. Este jardín estaba bien dispuesto y no mal tratado.

—¡Calle! ¡no es malo este jardín!—dijo Florimond.

—Es posible—dijo Luz;—pero ya nada tenéis que hacer aquí.

—Perdonad,—dijo el Escribano mirándola fijamente,—falta aún visitar esta parte de la casa.

Y designaba, á la izquierda, la habitación de Clementina, que daba al jardín por una puerta vidriera y una pequeña escalinata.

Luz se estremeció y quiso protestar; pero el ejecutor le dijo secamente:

—¡Nada de recriminaciones! Vamos, ¿queréis ser razonable y ayudarnos? Os prometo embargar todo lo que hay dentro sin que vuestra sobrina siquiera lo note... ¿Convenís en ello?

Luz comprendió que no podía tomar otro partido.

—¡Sea!—dijo.—Venid.

Y les precedió en el jardín haciéndoles los honores con el aire más natural.

En aquel momento se oyó una tocata de trompa de caza en el parque vecino.

—Es ese ocioso, el señor de Charens que nos ensordece con su trompa,—dijo Luz alzando ligeramente los hombros.

La trompa calló, y casi al mismo tiempo se oyó el piano de Clementina que repetía la misma tocata de caza.

—¡Calle! diríase que era la respuesta de la pastora á su pastor,—dijo el Escribiente riéndose.

Entretanto, Gaudriat se había acercado á la ventana, y aplaudiendo con las manos, gritaba: ¡bravo! El piano se interrumpió y la joven se asomó á la ventana.

—Mi buena Nini,—dijo Luz empezando su papel,—estos señores desean oírte tocar; espero que no te negarás á hacerlo... Entrad, señores.

Vamos, señor Gaudriat; vos que parecéis adorar la música...

La buena vieja estaba alegre y se esforzaba en hacer de tripas corazón.

—¡Ea! ya estás desconcertada;—dijo entrando en el gabinete y viendo sumamente turbada á su sobrina con aquella repentina visita.—Ya conoces á estos señores: el señor Florimond, un amigo de tu padre, que viene á visitarnos de tiempo en tiempo.

—He visto á la señorita Clementina tan pequeña...—dijo el Escribano.

—¿Qué quereis, mi buen señor Florimond! Estas mocosuelas hacen á una vieja. Pero, ¿qué os parece este gabinete? ¿No es precioso? ¡Mirad, aquí hay un tocador!...

—Pero, tía...

—¡Déjame! es para enseñárselo á nuestro amigo el señor Florimond.

—¡Oh, sí, muy bien... muy cómodo!—dijo el Escribano lanzando una mirada investigadora.

—No hay más que estas dos piezas. Mirad señor Gaudriat;—dijo Luz, riéndose.

En efecto, Gaudriat tenía un aspecto bastante risible; desde que había entrado en el gabinete no había separado los ojos del piano; después de haberlo considerado por todos lados, se atrevió á tocarle ligeramente con un dedo, y

la nota que había resultado, parecía haberle conmovido tanto como si hubiera cometido una falta de educación.

Todo esto era para preparar bien el terreno y para llamar la atención; no porque quisiese calmar ni abreviar las angustias de Luz, ni que encontrase muy dura la ley francesa que permite á tres hombres invadir el gabinete de una joven, registrar sus muebles, revolver sus vestidos, adornos y ropas, respetando únicamente el traje puesto y el lecho de uso diario; no, su objeto era advertir á sus colegas que avanzaba el tiempo y que era preciso terminar de una vez.

A todos hizo reír su inquieto semblante; y Clementina, creyendo que su tía le había llevado aquellos tres individuos para divertirla, tomó alegremente el partido de la situación.

—No hay ningún mal en eso, caballero,—dijo á Gaudriat;—podéis continuar.

—No, yo no, señorita,—respondió galantemente,—sino vos, si lo tenéis á bien... ¡Calle! ¿qué es lo que dice aquí?—añadió inclinándose sobre el teclado.

—Es la marca de fábrica.

—¡Ah! en efecto: *Erard*.

Erard, París, escribió maese Florimond en la lista de efectos embargados.

—¡Oh! ¡cuánta música!— exclamó Gaudriat—¡cuánto cuaderno! diez... doce... veinticinco... veintisiete cuadernos.

Veintisiete cuadernos de música— anotó el ejecutor.

—Ahora—dijo Luz,—toca alguna cosa para que te oigan estos señores... Lo que tú quieras.

Clementina se sentó al piano, y empezó la sinfonía del *Guillermo Tell*. El Escribiente y Gaudriat, sentados á derecha é izquierda, la escuchaban extasiados.

La duración de la obra rosiniana parecía haber sido calculada justamente para que maese Florimond pudiese deslizarse en el gabinete tocador y ejercer así su ministerio; apareció en el momento en que sonaba el último acorde.

—¡Oh, señorita! Si no estáis cansada, señorita, os suplicaría que tocáseis otra cosa—dijo el insaciable Gaudriat.

Clementina empezó otros trozos, y el escribano se aprovechó de ello para anotar todo lo que se hallaba en el gabinete. Luz le acompañaba abriendo y cerrando con precaución los armarios y cajones. Mientras escribía no perdía de vista las manos de la vieja. Sin embargo, ésta consiguió guardarse en el bolsillo, sin que él lo notase, un reloj de oro y un libro de oraciones.

—¡Ea! ¡ya está!—dijo Florimond guardando sus papeles;—no se debe abusar de la complacencia... Os estoy muy agradecido... tenéis un talento superior.

El Escribano y Gaudriat reprodujeron sus saludos y cumplimientos, y todos tres, obediendo á una imperiosa mirada de Luz, salieron inclinándose respetuosamente.

Apenas se cerró la puerta, oyeron detrás de ellos una risa argentina.

—¿No oís?—dijo el Escribiente á su principal,—esa pequeña alondra se burla de nosotros y no sospecha que es ella quien acaba de ser burlada.

—¡Pobre joven!—murmuró el Escribano.

IV

La emoción de Luz era superior á sus fuerzas. Apenas se habían retirado aquellos tres individuos, se le aflojaron los nervios y cayó en una silla. Clementina, que acudió al momento, la encontró bañada en lágrimas.

—¡Dios mio! ¿qué tienes?

—Nada... nada...—dijo sonriéndose la jorobada,—al volver de acompañar á esos señores, resbalé y dí con la cabeza contra el marco de la puerta.

—¡Pobre Tatá!... ¡y yo que te buscaba para reirme un poco contigo de esos tres fachas!

La vieja la atrajo sobre sus rodillas y la estrechó enérgicamente contra su pecho.

Así las dos, enlazadas una con otra, formaban un grupo encantador, en que la deforme fealdad de Luz hacía resaltar la belleza de Clementina, porque la joven justificaba en cierto modo el entusiasmo y las adoraciones de su tía.

Era morena, de buena estatura, aunque el desarrollo de su busto y caderas la hacía parecer menos alta; el cuello perfectamente torneado y de admirables proporciones, sostenía fácilmente su cabeza cubierta de negros y abundantes cabellos; la mano era pequeña, el pie fino y arqueado, sus facciones delicadas; pero el conjunto de la fisonomía con sus grandes ojos vivos y profundos, sus labios rojos y sensuales, aquella palidez mate y ardiente, revelaban una naturaleza apasionada.

Y sin embargo, en aquella adolescencia aparecían de tiempo en tiempo arranques de travestura infantil á los que ella cedía con gusto;

testigo aquella franca risa que le produjo el aspecto de Florimond y sus compañeros; pero las lágrimas de Luz la habían dejado helada.

—¡Repito que ya ha pasado! ¡Vamos, pronto, señorita; una fiesta á vuestra Tatá!

Y consiguiendo distraerla, la hizo retirar poco después á su habitación, sin que ella hubiera podido concebir la menor sospecha de lo que padecía su cariñosa tía.

Baumet, durante aquel tiempo, holgazaneaba indiferente por la población. Se retiró bastante tarde y de mal humor, á causa, sin duda, de algunas poco prudentes libaciones.

Luz no le habló de lo que había pasado; ¿para qué? Esto le hubiera exasperado sin necesidad.

Como al día siguiente debía salir muy temprano de viaje para ciertos negocios, tomó una ligera cena y se acostó; diez minutos después, Luz le oía roncar con el abandono de una conciencia tranquila y satisfecha.

La buena vieja pensaba pasar la noche discutiendo expedientes. Para inspirarse entró á dar las buenas noches á su sobrina, á la que encontró bordando á la luz de un quinqué.

—¿Qué es esto?—dijo.—¿Quieres perder la vista y ponerte jorobada como yo?

Clementina dejó su labor y se pusieron am-

bas á hablar. Las dos estaban más serias, más enternecidas que nunca. Luz, por capricho, quiso rezar con ella, como hacía cuando era niña, y Clementina se prestó de buen grado á hacerlo así.

Se arrodillaron ante el crucifijo de marfil, suspendido á la cabecera del lecho, y puesto también en la nota de Florimond como *embargado*. Luz decía una frase, y Clementina la repetía.

—*Y hacedme, Señor, la gracia...*—añadió Luz.

—¿Pero no hemos concluido ya?

—No, dí como yo:

—*Y hacedme, Señor, la gracia...*

—*De concederme un buen marido.*

—¡Ah... tía!—dijo Clementina, arrojándose en brazos de la jorobada.

Un buen marido, rico sobre todo, era en efecto el fondo del pensamiento de Luz, su esperanza, su único recurso. Ciertamente, no era imposible que un joven, al ver á Clementina, se enamorase bastante apasionadamente de ella para hacerla su esposa sin dote y á pesar de la ruina de su padre; pero ¿dónde estaba aquel joven? ¿Dónde encontrarlo? ¿Se presentaría á tiempo?

Era, pues, necesario consultar las cartas, y

Luz no dejó de hacerlo en cuanto se halló encerrada en su cuarto.

Mientras que se entregaba á tan importante ocupación, le pareció oír algún ruido en la habitación de Clementina. Escuchó, y ya iba á llamarla, pero se contuvo por miedo de asustarla sin motivo; además le importaba terminar antes su juego, que, en efecto, le dió un gran resultado.

El caballo de oros salió oportunamente para desvirtuar los maliciosos de la sota de espadas, y para colmo de felicidad salía acompañado del siete de bastos.

Sumamente contenta, iba ya á acostarse, cuando el ruido se renovó más distinto. Aquella vez no había duda, era en la habitación de Clementina.

¿Qué pasaba allí? En un momento se puso en pie, corrió á la puerta de comunicación y la entreabrió suavemente. La luz del quinqué estaba bajada, pero no completamente apagada.

Entró con precaución y echó una mirada á la cama; no estaba deshecha; la habitación y el tocador estaban vacíos... Asustada quiso gritar, cuando sintió en su rostro el aire frío de la noche; la puerta del jardín estaba abierta.

—¡Ah! ¡está paseándose!—pensó, adelan-

tándose de puntillas—¡vaya una ocurrencia! ¡á las once de la noche!

De pronto, el recuerdo de Luis de Charens y algunos indicios, á los que no había dado importancia hasta entonces, acudieron á su mente!... ¡Todo lo comprendió! Pero ¿qué hacer? ¿Llamar á Clementina, interrogarla? Era el medio de no saber nada. Entretanto, prestando el oído, creyó percibir el crugido de la arena de los paseos, y luego el cuchicheo de dos voces... Sin vacilar más cerró la puerta de comunicación y bajó al patio.

La noche estaba bastante clara para acertar con su camino. Luz siguió con precaución el muro del jardín, luego penetró en una especie de cochera que había en el fondo del patio, separada del jardín por una pared de tablas mal unidas, cuyos intersticios permitían ver y escuchar.

Aplicando, pues, un ojo á una de aquellas juntas, vió á algunos pasos de ella, al lado de la barda del parque, á su sobrina, y en el parque, al otro lado, á un joven que sin duda alguna era Luis de Charens.

Era, pues, una cita de amor.

Luz contuvo el aliento y escuchó.

—¿Y partís mañana?—decía llorando la joven.

—Querida Clementina es preciso.

—¡Oh! ¡mis presentimientos!

—No os alarméis, por Dios. Este viaje es inevitable. Se trata de mi tío, hermano de mi madre, que está enfermo de mucho peligro; no tiene más parientes ni más herederos que nosotros; deber nuestro es ir á cerrarle los ojos. ¡Pero antes de un mes, suceda lo que quiera, estaré de vuelta!

—¡A menos que no os quedéis en París... que me olvidéis!

—¡Oh! ¡Clementina!

Había en aquella exclamación tal acento de sinceridad, que la joven sintió haber expresado aquella duda.

—Si,—dijo ella,—creo que sois sincero en este momento; ¿pero quién sabe si más tarde?...

—¡Jamás!—contestó Luis,—¿mi vida entera será vuestra!

Y quiso tomar á través de los zarzales una mano de Clementina, pero ésta se clavó una espina y lanzó un pequeño grito.

—¡Oh! ¡torpe de mí!—exclamó Luis,—¡perdonadme!

—No es nada... ¿Pero qué hacéis Dios mío? Esta exclamación era debida á que el joven, á riesgo de destrozarse el rostro y las manos,

había penetrado á través de los espinos y se hallaba á su lado.

Clementina quiso huir, pero Luis la detuvo, excusándose de su audacia, y al mismo tiempo llevaba su mano á los labios para aspirar la gota de sangre que salía de aquella ligera picadura.

—Yo os lo ruego,—dijo la joven,—alejáos ¡Si nos viesen!

—¿Y quién podrá vernos? ¿Qué teméis? Mi amor es tan respetuoso como profundo... ¿Dudáis acaso de mí?

Probablemente Clementina estaba convencida, porque él le había pasado su brazo por la cintura y no se defendía contra aquella casta caricia. Así, unidos, se embriagaban el uno en el otro, y ella sentía el inflamado aliento del joven en sus cabellos y en su frente.

Entonces llegó el caso de nuevas protestas, de promesas solemnes de escribirse; sus cartas serían un mútuo consuelo; Luis se las dirigiría directamente, porque las de sus compañeras de colegio llegaban á sus manos sin dificultad.

Al mismo tiempo él se proponía arrancarse á aquella vida ociosa y sin objeto, crearse una carrera; porque tenía sueños de ambición, no por él, sino por ella, á quien su suerte estaba indisolublemente ligada, y quería que fuese rica, festejada, obsequiada.

La joven escuchaba pensativa y absorta aquella dulce música de amor, y no pensaban en nada más que en ellos mismos, cuando les despertó de un éxtasis una voz chillona y asustada que desde el otro extremo del jardín llamaba á Clementina.

Era Luz, que suficientemente enterada, juzgaba que era tiempo de intervenir.

—¡Mi tía! ¡No os mováis!—murmuró rápidamente Clementina, con voz apenas perceptible.

Y luego en alta voz:

—¡Estoy aquí!—respondió.—¿Qué sucede?

—¡Gracias á Dios! ¡Qué miedo me has hecho pasar!—repuso Luz.

—¡Adiós, querida Clementina!—murmuró el joven, estrechándola contra su pecho.

Sin responder, Clementina le arrojó los brazos al cuello, y sus labios se encontraron, dándose el primer beso de amor.

—¿Pero qué haces que no vienes?—repitió Luz.

De pronto la joven rechazó á su amante y huyó á través del jardín.

Una violenta jaqueca y la necesidad de tomar el aire explicaron sin la menor dificultad aquella salida nocturna.

Al día siguiente, á cosa de las siete de la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
146. 1625 MONTERREY, MEXICO

mañana, poco tiempo después de la partida de Baumet, Luz dejó acostada á su sobrina, al cuidado de la criada, y salió bajo pretexto de ir al mercado, pero en realidad para consultar á un Procurador destituido llamado Rastard, y que se había hecho Agente de negocios, cuya clientela había aumentado después de su destitución.

—Buen cuidado me da á mí que mis colegas conserven su título, siempre que yo tenga parroquianos á quienes afeitar.

—Os esperaba,—dijo á Luz tomando la copia de la diligencia de embargo que la vieja le tendía.

—¡Cómo! ¿Sabiáis ya? ...

—Sí, Florimond me ha contado todo anoche. ¡Qué caso más raro! ¡Un embargo con música!

Según él, no había para Baumet más que un recurso: el de celebrar junta de acreedores y proponerles la liberación de sus créditos á un treinta y cinco ó cuarenta por ciento, lo que tal vez aceptarían.

Pero este medio repugnaba á Luz; hubiera preferido pedir prestado.

—¡Prestado!—dijo Rastard.—¿Y á quién Dios mío?

—Había pensado en nuestra vecina, la señora de Charens.

Rastard se echó á reír.

—¡La miseria pidiendo prestado á la indigencia!

Y le explicó las condiciones desastrosas en que se había hecho la liquidación del difunto Baron.

—Pero vos sabéis todas estas cosas lo mismo que yo.

—Es verdad,—dijo Luz,—pero la señora de Charens tiene un hermano muy rico en París, que se está muriendo, y al que naturalmente heredará.

—¡Calle! ¿habéis pensado en eso?

—Sí, he sabido que mi vecina partía hoy para París con su hijo y...

Luz, turbada por la sardónica mirada de Rastard, titubeó en continuar.

—¿Y quisieráis saber cuáles son las probabilidades que tiene de heredar y cuánto?—dijo Rastard, terminando su pensamiento.

—Sí.

—Y sólo con el objeto de contraer un préstamo.

—Sin duda.

—¡Vamos, pues! ¡Contádselo á otro!—repuso Rastard.—No es por eso sólo.

—Pero, señor Rastard...

—No soy de los que se mamen el dedo, mi

buena amiga. ¡Varos! ¿queréis que os diga vuestra idea, la verdadera? Tenéis una sobrina joven.

Luz se ruborizó.

—¿Lo véis?... Está bien,— añadió tomándola una mano,— me gustan las gentes que se ingenian y trabajan. Lo cierto es que vuestra sobrina es un verdadero recurso.

—Señor Rastard, os aseguro que...

—¡Bueno, bueno!... ¡Ya lo veo todo claro!... Sois vecinos, los jóvenes se conocen, tal vez se aman, y vos decís qué podría hacerse...

La idea es buena, lo repito; pero desgraciadamente es de detestable aplicación; los Charrens están tan arruinados como vos.

—Pero, esa herencia...

—¿La herencia? ¿Queréis que os lo diga en confianza? Pues bien: excusan de incomodarse, ¡no heredan ni esto!— dijo Rastard, haciendo castañetear la uña del dedo pulgar contra sus dientes incisivos.

En aquel momento se abrió la puerta del gabinete y entró Florimond. Venía á entregar á Luz, sabiendo que estaba allí, una citación para la declaración de la quiebra.

—¡Pero esto es una verdadera persecución!— exclamó Luz al saber que aquel nuevo apremio procedía también de Maudhuy.

Rastard, que era el que agitaba bajo mano aquella ejecución para hacer saltar á Baumet, creía que Maudhuy, no era censurable, pues hasta ignoraría aquellos detalles, pero que los negocios judiciales, siguen su marcha, y sus trámites.

—Y yo espero — añadió,— que esta vez vuestro hermano no vacilará en llamar á junta de acreedores, y cuanto más pronto lo haga, mejor.

Y salió á despedir al escribano. Al volver, dos minutos después, sonreía de un modo singular.

—¡Sería gracioso!— se decía.—Después de todo, ¿por qué no?

Y luego acercándose á Luz, la dijo:

—¿Sabéis lo que acaba de indicarme Florimond?

—¿Qué ha sido?

—Qué el señor Maudhuy acaba de llegar con su joven hermana á su propiedad de Ronchées. Es á pocas leguas de aquí.

—¿Y bien?

—Y bien, que no haríais mal en ir á hacerle una visita... pero no sola.

—¿Cómo que no sola?

—No: debe acompañaros vuestra sobrina.

—¡Oh! ¡señor Rastard!

—¡Nada de particular hay en ello!... El señor de Maudhuy es célibe rico... ¿y quién sabe? Ahora todo depende de vos; yo en nada me meto... En todo caso, no os olvidéis de enviarme á vuestro hermano, —añadió tendiendo la mano á uno de sus clientes que acababa de entrar.

Luz salió con la cabeza llena de extraños pensamientos.

V

Luz consideraba ya salvado de la ruina á su hermano y á su sobrina ricamente establecida.

No era más que un sueño, ¿se realizaría?

Al pasar por la plaza de la Iglesia vió una boda que salía de la Alcaldía, con música á la cabeza: esto le pareció de mejor augurio.

Entró en la iglesia para dar gracias al Señor, se arrodilló, sacó de su bolsillo el libro de horas, y al abrirlo reconoció en él, el que había sustraído á la vista de Florimond, y dentro, como señal, una fotografía de una joven de quince años, con esta dedicatoria:

Al su buena amiga Clementina Baumet

Susana Maudhuy.

Casi se desmayó de sorpresa.

¡Susana Maudhuy! ¡Probablemente era la joven hermana de que Rastard acababa de hablarla! ¡Era la amiga de Clementina! ¡Entonces el matrimonio marcharía por sí solo, estaba indicado!... ¡No había duda posible!

Desde aquel momento no debía sorprenderla nada de lo que concurriese fortuitamente á la realización de su sueño.

Así es que, cuando después, al ver á Clementina y saber que ésta acababa de recibir una carta de su amiga de colegio, la preguntó:

—¿De Susana Maudhuy, no es eso?

—¡Calle! ¿Cómo lo sabes?

—¿No es tu mejor amiga, cuyo retrato tienes en tu libro de misa?

—Sí, es ella... Me amenaza con una cosa imposible... Pero no, no; yo no iré...

Y hablando así, miraba, preocupada, hacia la calle. De pronto tiró la carta sobre una mesa, corrió á la ventana y se asomó á ella. En aquel momento pasaba Luis de Charens con su madre; un criado llevaba en un carretón los